



Antonio Soler

Apóstoles y asesinos



ANTONIO SOLER

Apóstoles y asesinos

Vida, fulgor y muerte
del Noi del Sucre

Galaxia Gutenberg

Parte de este libro se escribió durante
el periodo en el que su autor fue *Escritor en Residencia*
en Dickinson College (Pensilvania).

También disponible en ebook

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: marzo 2016

© Antonio Soler Marcos, 2016
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2016

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: CAYFOSA- Impresia Ibérica
Carretera de Caldes, km 3, 08130 Santa Perpetua de Mogoda
Depósito legal: B. 2548-2016
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16495-82-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Sabemos que aquella mañana de marzo amaneció cargada de bruma y fue fría. Y que, probablemente, cuando Salvador Seguí se despertó las nubes ya habían desaparecido. El sol relucía en los cristales de su ventana y sacaba unos brillos parecidos a los de un caleidoscopio. Un arcoíris barato.

Es posible que fuese eso lo que pensara. Nada más que eso. Un arcoíris barato. Se lo dijo a Teresita, que fregaba algo en la cocina. Y se rió. Añadió algo más sobre el sol, la justicia y los cristales, pero, con el ruido del agua, Teresita no supo bien lo que decía. Ella seguía abismada en la inquietud de la noche.

Aún estuvo unos minutos en la cama. Se había dormido poco después del amanecer, cuando ya podía ver claramente el perfil del armario recortado contra la pared blanca. Su imagen, tumbado boca arriba, debió de ser poco más que un borrón en el espejo de la cómoda, dibujándose allí turbiamente, ganando nitidez a medida que pasaba la noche y una claridad dudosa asomaba por la ventana. Estaba fatigado después de las horas de insomnio. Teresa había sentido cómo se levantaba sigilosamente en medio de la madrugada y se quedaba un rato en el comedor. El olor del tabaco flotando hasta el dormitorio. Luego volvió con el mismo sigilo.

La manta y las sábanas habían tenido a ratos una textura fangosa. Se había estado removiendo en el limo de un pantano y el calor de Teresita a su lado, con el vientre hinchado por el embarazo, más que consuelo, le llegó a parecer una amenaza. Le inspiró miedo, debilidad. Él creía que ella dormía, y a ratos, ella pensaba lo mismo.

Unas horas después, al ver la cara de su asesino y la pistola que le apuntaba a la cara, esas sensaciones tal vez renacieran en su cabeza, distorsionadas, intensas, alocadas. Quizás tuvo la impresión de haber vivido antes ese momento, de estar viviéndolo continuamente, con tanto detalle que parecía que se estaba cumpliendo el argumento inverosímil de un sueño. O simplemente tuvo miedo, el espanto último y definitivo.

En cualquier caso, esa mañana se levantó fingiendo encontrarse bien, de buen humor. Eran ya las doce, Teresita lo recordaría muchos años después. Ella no fingió nada. Trató de hablarle del sobresalto que habían tenido la noche anterior y le pidió que no saliera de casa, que le mandaran protección del sindicato. Seguí se mostró cariñoso, bromeó. Por complacerla se quedó a comer en casa y estuvo allí hasta avanzada la tarde. Era sábado.

Su amigo Perones pasó a recogerlo poco antes de las seis. Seguí debía ir al bar Tostadero para cobrar un trabajo que esa semana él y su cuadrilla le habían hecho a Lluís Companys, pintándole un piso de su propiedad en Sants. Luego irían a ver a Pere Foix, que debía darles noticias sobre el posible golpe de los militares. Teresa le desaconsejó salir. Le pidió ayuda a Perones. «Que me haga caso, al menos una vez, díselo tú.» Perones se encogió de hombros, impotente. Seguí le respondió a Teresa con un guiño y una sonrisa. La última.

Lo vio calarse la gorra y mirarse de reojo en el espejo del perchero. Desde la cocina oyó la puerta que se cerraba y la voz de Seguí hablando con Perones, alejándose por el hueco de la escalera. Teresita siempre lo llamó por el apellido. Nunca por su nombre de pila y menos aún por el apodo con el que todos lo conocían. El Noi del Sucre, o, simplemente, el Noi.

Las calles estaban llenas de gente y a pesar del frío se notaba cómo un soplo de primavera iba de un lado a otro. Los viandantes, cansados del largo invierno, parecían deseosos de contagiarse de ese aire de levedad. Los bares estaban llenos, salían mujeres de las tiendas y algún endomingado prematuro, con caña y cuello duro, se dirigía a los garitos de juego de Conde del Asalto.

Los dos amigos habían tomado un tranvía, luego siguieron a pie. Seguí hizo el recado en el bar Tostadero y luego caminaron hasta la calle de la Cadena. Cuando estaban muy cerca de la de San Rafael, Perones quiso entrar en un estanco para comprar tabaco. Seguí le dijo que lo esperaba en la puerta, y allí se quedó disfrutando del bullicio y de la luz penúltima de la tarde. Siempre había sido un hombre vitalista, amante de la gente, el ruido, la risa. Sanguíneo y enérgico. Así lo recordaron siempre quienes lo habían conocido, cada cual rememorando un gesto insólito del Noi del Sucre o echando mano de una anécdota una y otra vez repetida, multiplicada, la mitad de las veces inventada. Él, poco dado a la nostalgia y enemigo declarado de la melancolía, sólo ocasionalmente miraba atrás.

Alguna vez confesó que su primer recuerdo era un campo amarillo, probablemente un trival en la llanura de Lérida. Una mancha dorada que, según la deformación de su recuerdo, se extendía hasta más allá de donde podía alcanzar la vista. Eso era lo primero que había dibujado en su memoria, una pradera amarilla y un calor seco palpitando, como si bajo el campo se escondiera un pulmón de fuego. Después estaban las imágenes de Barcelona, los vendedores de las Ramblas donde a espaldas de su padre ganó sus primeras monedas con poco más de siete años. El recuerdo sombrío –unos mapas y unos tarros de formol en los que flotaban monstruos– de un colegio del que desertó para siempre antes de cumplir los once años. Y la rebeldía. El pulso de la vida corriendo por las callejuelas y los descampados hasta desembocar en las noches interminables del café Español.

Perones, pequeño y con las orejas despegadas del cráneo, salió cabizbajo del estanco, desenvolviendo el papel de fumar. Una camioneta se había estacionado ocupando parte de la acera y Seguí había avanzado hasta el cruce de las calles de la Cadena y San Rafael. Esperaba a su amigo casi en medio de la calzada de adoquines cuando la marea de gente tuvo una sacudida, un movimiento raro. Un niño, surgido de ninguna parte, corrió agitando los brazos, dos mujeres se apartaron precipitadamente de su lado y el Noi del Sucre se giró sobre sí mismo.

En ese momento es de suponer que no acudirían a su mente el campo tintado de amarillo ni tampoco la atmósfera turbia del café Español. Si hubo alguna sensación aparte de la mera reacción por la supervivencia, seguramente estaría relacionada con aquella que lo había envuelto a lo largo de la madrugada. Y, probablemente, una confirmación.

Eso es lo que en última instancia debió de cruzar por su cabeza en aquel instante sin tiempo. Una vulgar confirmación. Sencilla y trascendente.

Después, o tal vez al mismo tiempo, también Seguí hundió su mano en el bolsillo de la chaqueta, tocó el cañón de la browning. Consiguió incluso sacarla del bolsillo, así lo atestiguaron algunos de los presentes y así lo confirmó la policía al recoger el arma del suelo minutos después. Pero ya se oían los primeros disparos. Alguien, a su espalda, disparaba al aire, quizás también sobre Perones. Llegaban gritos desde algún lugar lejano, la gente se movía en un tiovivo con el eje roto, los edificios se convertían en el telón de un teatro que se levantaba hacia el cielo y el Noi del Sucre caía muerto sobre los adoquines con los ojos entornados y cara de borracho.

Els Fills de Puta

Seguí siempre fue una tormenta. Lo fue desde el principio, cuando apenas era un adolescente y pertenecía a un grupo anarquista llamado Els Fills de Puta. Así lo recordaba Juan García Oliver, compañero y al mismo tiempo enemigo del Noi del Sucre. En sus memorias, el anarquista de Los Solidarios que llegaría a ministro, describió a Seguí como un radical que fue marchitándose con el tiempo, un contemporizador que se olvidó de sus raíces.

El camino para llegar a encabezar el pequeño grupo de Els Fills de Puta no resultó demasiado largo ni complicado para Salvador Seguí. Era hijo de una familia campesina de Lérida que se había trasladado a Barcelona cuando el niño tenía poco más de un año. Atraídos por el fragor industrial y la promesa de sumarse, aunque fuera mínimamente, a la ola de progreso que experimentaba la gran ciudad. Barcelona, además, estaba convulsionada en esos momentos por la Exposición Universal que acababa de inaugurar el alcalde Rius i Taulet. Todo mentira. Una ilusión.

El niño Seguí, hijo único, acompañó a sus padres de cuchitril en cuchitril, cansado desde que tuvo uso de razón de oír las protestas del padre, una puntillosa e incesante enumeración de desengaños y agravios. Hasta que él mismo, poco después de cumplir los once años, decidió emprender su propia carrera laboral para ser dueño de su vida.

Mal trabajador, Salvador elige un oficio que requiere demasiada disciplina y un horario penoso. Empieza a trabajar como aprendiz en la panadería donde está contratado su padre. Se distrae. Hace monigotes con la levadura, fantasma y está más atento a las conversaciones de los operarios que a la cocción del pan o al acarreo

de los sacos de harina. Muchos días, a media mañana, desaparece. Nadie sabe dónde se ha metido.

Ese niño de ojos enormes y boca grande anda por los desmontes, se junta con chicos del Pueblo Seco. Merodea por las tapias de Montjuich. Él y sus amigos fantasean sobre la clase de torturas que habrán recibido allí los anarquistas acusados de lanzar una bomba al paso de la procesión del Corpus Christi. Discuten sobre el lugar exacto donde cinco de ellos han sido fusilados unos meses atrás. Rastrean las tapias buscando vainas de balas, identifican hipotéticos grumos de sangre seca. Seguí tiene una expresión bovina, atolondrada, pero se va convirtiendo en el jefe de aquella banda de mocosos, todos mayores que él.

En esa época su padre cae enfermo, probablemente de tífus, y Seguí, espoleado por el desafío y la necesidad, se aplica en el trabajo. Le atormenta la idea de que su madre pueda sufrir aún más miserias. A partir de entonces el pequeño Salvadoret es el primero en llegar a la puerta de la tahona en mitad de la madrugada. Golpea la acera con sus alpargatas para quitarse el frío mientras aguarda la llegada de sus jefes y compañeros. Lleva a su casa el jornal puntualmente y apenas descuenta unos céntimos para tabaco. También se hace adicto a otro veneno. Empieza a comprar libros.

En la panadería, un joven que ya conoce las celdas de la Modelo y los métodos de la Brigada Social, recién creada para perseguir a la turba anarquista, le presta algunos libros manoseados. Novelas y también fórmulas revolucionarias para cambiar el mundo. Algunos nombres, todavía impronunciables, empiezan a serle familiares. Kropotkin, Spooner, Max Stirner, Proudhon.

Pasan meses. El padre de Seguí se restablece y el niño considera la salud de su progenitor como una señal de relevo en el trabajo. De nuevo empiezan sus ausencias en la panadería y sus despistes, hasta que el propietario lo da por imposible y lo despide.

Vaguea. Inventa, sueña, habla. Conoce a toda la gente del barrio, se mueve Paralelo arriba y abajo, husmea por el Raval, charla con obreros, bromea con unos y con otros. Se comporta como un hombre que ya lo supiera todo de la vida, es decir, como un niño.

Lo contratan en un cafetín de mala muerte para limpiar el local y, cuando el dueño anda apurado, servir café y licores. Hay quien atribuye a esa época su apodo, pues aseguran que no para de meter la mano en el recipiente donde están los terrones de azúcar. Otros dirán que el sobrenombre se lo adjudicó poco tiempo después Jaime Bisbe cuando vio a aquel mocoso exaltado en una reunión de anarquistas y le dijo: «Qué sabrás tú, chiquillo. Si pareces un noi de sucre». A saber.

En cualquier caso, el Noi dura poco tiempo detrás del mostrador. Se relaciona entonces con unos amigos que trabajan en el ramo de la construcción y decide que el oficio de pintor de brocha gorda tiene más ventajas que el de panadero o que el de mozo de bar, pues aunque este último le ofrece la oportunidad de charlar con gente muy variada, lo obliga a estar siempre atento a los caprichos de la clientela, como un criado. De modo que se enrola como aprendiz en una cuadrilla de pintores y va de obra en obra, de casa en casa, por toda la ciudad. Es feliz.

Tiene trece años y es un joven precoz. Ha desarrollado un cuerpo grande, tiene la voz grave, los labios carnosos y los ojos ahuevados, pero resulta atractivo para las chicas del barrio. Sonríe con facilidad y también con bastante facilidad le aflora la ira. Cuando puede, busca excusas para no trabajar con la cuadrilla y se pasa las horas tumbado en la cama, leyendo. Va de un libro a otro, sediento, pero pronto encuentra su biblia y su profeta indiscutible.

Así habló Zaratustra. Friedrich Nietzsche. En una de las paredes entre las que está encajonada su cama ha clavado un retrato en el que aparece el filósofo de perfil, con su gran bigote de morsa, la cabeza apoyada en una mano y la mirada horadando el universo. La madre del Noi niega con la cabeza viendo a aquel individuo con cara de loco en el lugar donde antes se encontraba la estampa, siempre falta de devoción, de un san Judas con su manto verde desvaído. «Salvadoret, Salvadoret», murmura doña Dolors, poco convencida por el cambio de amuleto.

Nietzsche es el apóstol de la destrucción y la regeneración radical. El héroe inagotable que el Noi necesitaba. Alguien que había venido al mundo para zarandearlo y acabar con todo lo caduco y lo podrido. El joven Seguí admira de un modo tan desahogado al escritor alemán que no puede evitar un rencor profundo cuando lee alguna de sus frases memorables. Le parece un crimen que los suyos, los humildes, los desheredados, no estén educados para apreciar la obra del genio. Que no puedan elevarse del suelo miserable que pisan y estén destinados a permanecer embrutecidos por los patronos, por todos aquellos a los que les interesa que los obreros no sean más que ganado de carga a su servicio.

El Noi adolescente bizquea al discutir, levanta el dedo como un mesías, alza la barbilla. Empieza a frecuentar algunas tertulias. Sale de ellas insatisfecho. Siempre espera más. Va de un lado a otro con su biblia. Aprende fragmentos de memoria. «Yo no doy limosnas. No soy lo suficientemente pobre para ello.»

Predica. Le lee trozos del libro a su madre, le espeta frases a su padre como si fueran un desafío, una provocación. Lo mismo hace con sus amigos, con los compañeros de brocha y espíritu gordos que por el momento lo toman a broma. Y también le transmite el nuevo evangelio a una vecina, algo tartamuda y rubia. Es dos años mayor que él, pero al caer la tarde la chica lo escucha, no se sabe si arrobada o irónica, en el palomar del edificio donde viven, entre besos. «Que vuestra virtud sea vuestro yo mismo y no una cosa extraña, una piel, un encubrimiento», le susurra al oído empeñado en subirle las faldas.

«Yo amo a los valientes, pero no es bastante con ser un espadachín. ¡Hay que saber también contra quién se es espadachín!» Salvador Seguí ya hace tiempo que ha encontrado a su rival. Sabe perfectamente contra quién volcar todo su valor, su energía. Su propia vida. El enemigo está ahí. Justo enfrente, paseando por el otro lado de la acera, compartiendo el mismo oxígeno que él. Los patronos, la burguesía, los facinerosos que de madrugada se pasean en coche de caballos con fulanas y al día siguiente entran y salen del Liceo con sombrero de copa y llevando del brazo a sus señoras enojadas.

El de entonces es el Seguí más incendiario. El adolescente, el jacobino. Da golpes en las mesas, señala con ira de profeta al techo, a la gente anónima que pasa tranquilamente al otro lado de la vidriera del tugurio de turno. Amenaza al mundo, sublevar es el verbo que más conjuga. Y entre radicalismos y profecías acaba por encontrar a unos cuantos elementos de su mismo pelaje. Forman un grupo, supuestamente de acción. Se bautizan: Els Fills de Puta.

El nombre es en sí mismo una declaración de principios. Se reúnen en una tasca pringosa de la calle Arco del Teatro, entre el Paralelo y las Ramblas. Traman, pronostican catástrofes, especulan, fuman, ebrios de ideas. Beben un líquido negro al que presuntuosamente llaman café y comen churros fritos con sebo. Hablan con fervor de Paulino Pallás, el asesino fallido del gobernador militar que a pesar de todo se llevó a doce soldados por delante en su atentado, o de Santiago Salvador, el apacible anarquista padre de dos niñas que lanzó la bomba del Liceo y que, como Pallás, fue ejecutado después de recibir terribles torturas. Mártires, filósofos, visionarios. El altar se va llenando de gente dispareja.

Seguí y sus amigos están dispuestos a coger el testigo. Quieren, por encima de todo, ser terribles. Se sienten carne de revolución y dan por supuesto que ha llegado la hora suprema de la Justicia. Les asquea la palabra prudencia. «Siento ganas de vomitar, siento la náusea social de los cobardes, ese pescado podrido queriendo salir por mi boca, esa repugnancia que llaman prudencia», escribe Seguí en uno de aquellos acaloramientos.

Criticar a los anarquistas moderados. Los llaman despectivamente «los cristianos». Los obreros resignados con su suerte son «los borregos», «los maniqués». El Noi del Sucre despotrica contra los blandos que prefieren los dogmas de Tolstói a los de Nietzsche.

El anarcosindicalismo es todavía una materia de futuro. En esa Barcelona de obreros acosados nadie parece saber aún que la anarquía puede asociarse con un movimiento organizado, reivindicativo y eficaz —el sindicalismo— aunque menos llamativo y virulento que el anarquismo puro al que aspiran Seguí y los suyos. Un anar-

quismo regenerado, porque en ese momento, después de una época de ebullición y descontrol, los viejos anarquistas están adormilados, en estado latente. Así que pequeños grupos al estilo de Els Fills de Puta se erigen en los profetas de una confusa mística. Están profundamente enamorados de la intolerancia.

Son las vísperas de un tiempo nuevo. Se encuentran en el recodo último de una galería subterránea en la que ya se perciben los sonidos de la superficie. Pronto verán una tronera de luz. Y la luz vendrá tintada de sangre.

Seguí recibe en esa época el alto honor de ser detenido por primera vez. Su intervención en una huelga de metalúrgicos al lado de un piquete muy activo le acarrea la primera estancia en un calabozo. Son apenas unas horas de arresto, pero el Noi del Sucre sale de aquel cubil reforzado en sus creencias, engrandecido.

Tiene quince años y ya empieza a considerarse a sí mismo un veterano de la lucha obrera. Els Fills de Puta comienza a quedársele pequeño. Por deseo del propio Seguí han mudado ya el nombre por el de Els Fills Sense Nom. Pero el detalle no es suficiente. No tarda mucho en darse cuenta de que algunos de sus compañeros apenas van más allá de ser unos alborotadores ególatras, gamberros con vocación de trascendencia. Él conoce otros mundos.

Desde meses atrás frecuenta el Centro de Estudios Sociales. El Noi del Sucre, que ya tiene fama de incontenible parlanchín, se modera en aquel ambiente más adulto y maduro. Observa, escucha. Sus ojos grandes y oscuros se detienen en un personaje y en otro. Hay quien dice que calibra la dureza de la piel de cada uno, que les busca los puntos débiles.

El Centro se encuentra en la sede de una agrupación de obreros metalúrgicos y allí los aprendices de superhombres y los exaltados de pacotilla dejan paso a problemas reales y estrategias inmediatas. Hay lerrouxistas en el Centro pero la mayoría, y quienes lo controlan, son hijos del anarquismo. Algunos, descreídos de la eficacia de las huelgas y de los movimientos colectivos, han practicado la ac-

ción individual violenta. Y no descartan volver a ella. El Noi los sondea, se interesa por sus ideas y sus tácticas. Va dejando aflorar su personalidad incontenible. Es cálido, cordial. Se gana la confianza de los veteranos. Va a las casas de unos y de otros, conoce a sus mujeres y a sus hijos, come con ellos. Él también se siente parte de aquella familia enorme y atrabiliaria. Aprende de la fortaleza de aquellos hermanos, de sus desfallecimientos y de sus dudas. Toma nota de todo, casi siempre sonriente, expansivo.

Pero la amargura es el telón de fondo. Siempre hay lugar para ella. Y para la traición. Es justamente en el Centro de Estudios Sociales donde Seguí entabla una cierta amistad con Joan Rull i Queraltó, un muchacho unos años mayor que él y que muy pronto va a cobrar una funesta celebridad. Además, Rull protagonizará al cabo de poco tiempo un suceso que el Noi del Sucre va a considerar como uno de los momentos más dolorosos de su vida. La única acción de la que se arrepentirá desde el mismo instante en que se produjo hasta el día en que, muchos años después, sería asesinado en el cruce de las calles de la Cadena y San Rafael.

Pero eso todavía forma parte del futuro. Las traviesas que llevan hasta ese punto las va colocando Seguí con entusiasmo juvenil y asombrosa determinación. Una determinación que, a pesar de su firmeza, durante un corto espacio de tiempo se tambalea y lo lleva a admirar el discurso directo y corrosivo de los partidarios de Lerroux y su republicanismo de opereta. El hecho de que el movimiento anarquista esté sumido en un periodo de baja intensidad desanima al impaciente Seguí, y cuando el rey Alfonso XIII, poco después de acceder al trono, se dispone a hacer una visita a Barcelona, el Noi del Sucre vive aquellas jornadas al lado de los furibundos lerrouxistas. Descartan la violencia pero de ningún modo quieren que la visita del rey pase sin pena ni gloria.

Siguiendo instrucciones del propio Alejandro Lerroux, las calles de Barcelona se convierten en una estrafalaria corte de los milagros. El líder republicano hace un llamamiento para que todos los mendigos y lisiados de la ciudad se vistan con sus ropas más miserables y se echen a la calle para recibir al rey. «Si ellos engalanan las calles,

nosotros haremos lo mismo, cada cual con su oropel.» Lerroux quiere que coloquen frente al rey el espejo del país, su miseria. Los menesterosos tienen instrucciones de aproximarse al monarca todo lo que los guardias permitan y desde cerca «observen cómo el monstruo de la historia tiene cara de niño y ojos interrogadores».

Así ocurre. Lisiados, mendigos, ciegos y vagabundos vestidos con andrajos llenan las calles céntricas de Barcelona en una especie de carnaval mugriento. Salvador Seguí, asombrado por lo estafalario de la ocurrencia, ríe. Va con un grupo de amigos de un garito a otro espoleando a los tibios, aunque en medio de la agitación no puede evitar una sensación incómoda, un pudor vergonzante por la exhibición de aquel cúmulo de andrajos, muletas, piernas torcidas, ojos vacíos y muecas grotescas.

En un cruce de las Ramblas se topa con uno de sus antiguos compañeros de Els Fills Sense Nom. El viejo conocido va ataviado con una especie de sayón roto y lleva la cara tiznada, simulando cicatrices y llagas. Seguí, ante la sorpresa, suelta una carcajada. Después de varios tragos a una botella que lleva el falso mendigo y de cruzar unas frases cómicas, se separan. El Noi ve alejarse al antiguo amigo mientras sus compañeros lo invitan a proseguir la ronda carnavalesca. Pero Seguí niega con la cabeza, abandona la comparsa. Se pierde solo por las calles adyacentes, vacías. Detrás de los cristales de las ventanas, detrás de los muros, sigue la vida humillada y silenciosa de los débiles. Allí, al margen del carnaval, están los explotados de verdad, los niños enfermos, las mujeres sin recursos y acosadas por la miseria.

La jornada le deja un regusto amargo. A la risa y la complicidad con los lerrouxistas le sucede un intenso desprecio. Seguí se avergüenza de sí mismo. Ve claro que aquella charada y las palabras altisonantes de Lerroux, ya definitivamente bautizado como el Emperador del Paralelo, tienen poco que ver con la emancipación de la clase obrera y mucho con el encumbramiento del propio Lerroux.

Apenas dos o tres días después del despliegue de pordioseros, tiene un mal encuentro en el Centro de Estudios Sociales con un

partidario de Lerroux. El lerrouxista habla de quimeras con la soltura de un vocinglero y se engola imitando al líder republicano. El Noi ve cómo se derrama leche fresca por el suelo, delante de niños hambrientos. Ésa es la sensación que según dijo tiempo después tuvo mientras oía al exaltado parlanchín. Lo mira con una sonrisa de desprecio y le dice a la cara que más que un activista obrero «Pareces un figurín. Un charlatán vendiendo hierbas milagrosas. Eso es lo que eres tú. Un lechuguino, un timador». Llegan a las manos.

Después de la pelea, Seguí, con la boca ensangrentada y un diente bailándole, continúa sonriendo, al otro se lo llevan entre dos correccionarios a la casa de socorro. Se ha terminado su corto romance con el lerrouxismo. El Noi de aquella época no conoce los puntos intermedios y declara a los partidarios de Lerroux sus enemigos irreconciliables.

Definitivamente, los anarquistas son quienes están más cerca de su corazón y también de su cabeza. Pero tienen que encontrar una fórmula para ganar la confianza de la sociedad y hacerse cómplices de los trabajadores, que no deben ver en ellos a los representantes de un imposible sino un grupo organizado y decidido a alcanzar conquistas concretas. Justicia, pan, dignidad. Trabajo, salarios, derechos.

Sin embargo, a esas alturas ya ni siquiera los anarquistas amantes de la acción directa tienen ánimos para actuar, y cuando poco tiempo después se inicie una nueva campaña terrorista y por toda Barcelona aparezcan artefactos explosivos sembrados casi al azar, el impetuoso Noi del Sucre ya habrá evolucionado. Entonces ya no será partidario de la violencia y verá en ella más un peligro para la clase obrera que un método de presión.

Su búsqueda no es vana. Tiene los ojos abiertos, los meandros de su mente empiezan a encontrar cauces más serenos y menos tumultuosos. Además, muy pronto el azar pone en su camino varias personas que van a resultar determinantes en su vida.

Lluís Companys, el Pajarito

Era delgado, piel sobre huesos. Ágil. Al andar parecía que estuviera ejecutando un baile delicado. Le llamaban el Pajarito. Pertenecía a una familia de campesinos ricos de Lérida. El padre era un terrateniente ilustrado, de ideas liberales. La madre, bastante menos liberal, contaba, sin embargo, con una fortuna mayor que la de su marido. Ambos estuvieron de acuerdo en enviar a su hijo Lluís a estudiar el bachillerato en Barcelona. Decidieron que el mejor lugar sería el Instituto Politécnico.

A Lluís no le pesó su origen campesino. El hijo de la familia Companys i Jover pronto se ganó la complicidad de sus compañeros barceloneses. Era desenvuelto, generoso. Muy hábil en los juegos, valiente y decidido en los enfrentamientos con los que algunos quisieron medir al recién llegado. Sin embargo, a pesar de su inmediata popularidad, fue a hacerse amigo de un chico algo especial, cetrino y reservado, con ojos de santo. «Se llama Francesc Layret y es un lisiado que se comporta como si fuera un hércules, miren ustedes qué cosa», informó a los padres de Lluís un conserje del Instituto que a todas horas veía juntos a los dos muchachos.

Aquel conserje no supo nunca hasta qué punto había acertado comparando a Layret con Hércules. Y tampoco he encontrado forma de saber si los padres de Companys llegaron a conocer la fuerza que el voluntarioso inválido inyectó en su entonces volátil hijo. Layret le traspasaba parte de su profundidad a Companys. Por su lado, Companys administraba a Layret transfusiones de alegría, de espontaneidad. Puede que el nexo definitivo fuese el particular sentido del humor de cada uno. El de Layret era cáustico, afilado, quevediano. El de Companys claro, ingenioso, efervescente.

Layret se indignaba cuando alguno de sus compañeros dejaba de jugar en el patio e iba a sentarse a su lado en un gesto piadoso. Más de uno lo miró como a un monstruo al oírlo decir: «¿Vienes a ganarte el cielo haciendo caridad con el paralítico? Pues ya te puedes ir. La caridad está hecha, san Pedro ha tomado nota».

Lo llamaban el Políglota, pero procuraban hablar con él lo menos posible.

Companys se sentó a su lado y le preguntó qué le había pasado en las piernas. Empezó a hablarle sin preámbulos de lo que pensaba de algunos profesores, del director, de otros compañeros. Como si Layret fuese su confidente. Y, más allá de las primeras reticencias de éste, lo fue, para siempre, hasta el día que lo asesinaron. Estudiaron Derecho juntos. Layret con notas sobresalientes, Companys sin demasiada brillantez. Uno iba ganando en conocimientos de historia, filosofía, política. Al otro un amplio historial de gamberradas le despintaba el expediente académico. Las noches se le iban en juergas. Tenía un continuo lío de faldas. Era un artista del naipe. Un señorito calavera.

Para Layret, Companys siempre fue el hombre de acción, la calle, la vida, la otra verdad. Para Companys, Layret era la verdad. Rotunda, desnuda. Luminosa.

Layret aprovechaba los veranos para ampliar estudios. Aprendía idiomas y, sin diferenciar los meses de vacaciones de los invernales, pasaba las tardes enclaustrado en la biblioteca del Ateneo. Companys dedicaba las vacaciones a escribir novelones románticos. Pergeñaba asuntos rocamboleros y llenos de dramatismo. Se trataba de una especie de catarsis sentimental que lo llevaba a emborronar bajo los olmos de la casa familiar de Lérida montones de páginas por las que aparecía un acartonado elenco de doncellas atrapadas por la lujuria después de haber padecido amores desgraciados y explotadores sociales que morían a manos de campesinos justicieros.

A pesar de ese tumulto interior, o quizás a causa de él, Lluís disponía de una sonrisa fácil. Un poco conejil, rápida. De hecho, tenía la sonrisa tan a mano que parecía que siempre estuviera dispuesto a

embaucar al primero que se le acercase. Al revés. Todos decían en aquel tiempo que tenía los ojos limpios. Era transparente.

Usaba ropa mala, siempre lo hizo. Confiaba en su elegancia natural. La coquetería la cargaba únicamente en un pañuelo blanco que desde su primera juventud y por siempre jamás colgó del bolsillo superior de su chaqueta. Convirtió aquel pañuelo en un símbolo, en una seña de identidad. Flojo, de seda, no asomando del bolsillo a modo de cresta de gallo sino derramándose casi por completo, pavoneándose en su desmayo, haciendo equilibrios sobre su americana y flotando sobre ella como un gas pesado o una flor exótica. Aquel pañuelo primero fue un reflejo de la personalidad de Companys, y luego, pasados los años, un recuerdo de las voluptuosidades y los caprichos que llenaron sus años juveniles, entre la universidad, los amigos y sus primeros escauceos políticos.

«¿Quién es ese muchacho tan espabilado?», preguntó una noche Lerroux al ver a Companys fulgurando como polemista después de un mitin estudiantil.

El hombre al que Lerroux había interrogado se encogió de hombros sin saber quién era ese muchacho desenvuelto que no paraba de hablar. Un compañero que estaba a su lado le comunicó al líder republicano que se trataba de un alumno de Derecho al que llamaban el Pajarito.

Lerroux asintió, moviendo la cabeza y sin apartar su mirada vidriosa, de zorro disecado, de Companys.

«Pues ese pajarito volará muy alto», susurró para sí mismo, no se sabe si admirado o contrariado, el Emperador del Paralelo.

Por lo pronto, Companys, una vez acabados los estudios de Derecho, empieza a volar casi a ras del suelo y tropezando con casi todo lo que encuentra a su paso, muebles familiares incluidos.

El siglo xx da sus primeros y equívocos pasos y el joven Companys, guiado por los preceptos de la familia, comienza a trabajar como pasante en el bufete de su tío Sebastián. Pero aquel despacho con aire de funeraria de lujo produce asfixia al burbujeante Lluís.

A pesar de ello, se queda allí hasta altas horas de la madrugada estudiando no los casos en sí, sino las argucias que usa la gente principal de Barcelona para solventar sus negocios y sus batallas judiciales.

«Ese sitio donde trabajo no es un bufete de abogacía sino un hipódromo donde se saltan obstáculos legales. Y con qué elegancia», le cuenta a Layret.

«¿Los derriban? Los obstáculos, digo. ¿Los derriban?», pregunta el inválido.

«No. Nada. Todo es limpio.»

Layret asiente, desaprobando. Cuestiona:

«Limpio según las normas del hipódromo.»

«Exacto. Eso es. Según las normas impuestas por los dueños del hipódromo nacional.»

Por las mañanas, Companys fija su atención en las manos regordetas, lavadas con agua hirviendo, de un cliente, u observa el charol que otro amigo de su tío calza, brillante como si nunca hubiera pisado la calle. Contempla el engolamiento y la severidad implacable de aquella gente. Se ensimisma. Rumia. No es ésa la clase de vida con la que él y Layret han soñado.

Sólo resiste unos meses. Al cabo de ese tiempo le cede el puesto de trabajo a su hermano Camilo. Se independiza. Abre su propio despacho y empieza a trabajar a su modo. Aquello no es una derivación del bufete de su tío ni por allí pasa uno solo de sus clientes. Ni siquiera los parientes menos afortunados de éstos. Se trata justamente de la otra cara de la moneda.

Desahuciados, pobres, gente sin esperanza se amontona en la pequeña sala de espera para que aquel don Lluís con fama de perspicaz estudie su caso. No pueden evitar un asomo de recelo al mirar a ese muchacho con aire desenfadado que insiste en recitar a cada cual sus derechos. Lo hace allí, en su despacho, y también en la cárcel, adonde acude casi a diario para entrevistarse con sus representantes.

«Carne de cañón, señorito», le suelta sardónico en cada visita un funcionario con ojos desiguales y labios chupados y azulencos.

Más de una vez se enfrenta con policías y carceleros demasiado escrupulosos o demasiado rigurosos. Pronto, sus clientes descubren que la actitud de ese joven no se reduce al sarampión rebelde de un muchachito burgués. El abogado Companys parece que quiera cambiar el mundo y hacerle la guerra a los de su propia casta. Así que obreros represaliados, militantes y trabajadores perseguidos por su filiación política o sindical empiezan a convertirse en su principal clientela.

La intención del Pajarito es magnífica, los resultados aceptables, el negocio funesto. Unos clientes no pagan nunca y otros lo hacen tarde. Eso no le borra la sonrisa a Companys. El desafío que se ha impuesto es largo.

Pero no sólo intenta reparar injusticias con la toga. La política, además de una herramienta para mover el mundo, se le va convirtiendo en una pasión. Está afiliado a las juventudes de Unión Republicana, la gran coalición que aboga por el advenimiento de la República y donde militan el sagrado Salmerón y los veteranos Eusebi Corominas, espigado como un don Quijote del Empordà, y el colmillo retorcido de Alejandro Lerroux. De momento, Companys convive con ellos. A los primeros los admira, al tercero lo tolera.

Y aún hay más. En el poco tiempo que le queda libre escribe. Pero ya no imagina historias rocambolescas de señoritos y prostitutas redimidas. Lo de ahora son artículos. Compromiso social y político. Funda un pequeño periódico con nombre y contenido drásticos. *La Barricada*. Pronto la barricada cae por inanición. Publica entonces artículos en *La Aurora* y en algunos otros periódicos de corte progresista. Gana así un poco de dinero que la abogacía, gracias a la interpretación que viene haciendo del oficio, no le da.

El Pajarito va haciendo honor a su apodo. Cada día que pasa es más ligero y delgado. Casi famélico. Vende algunas propiedades que había heredado. Apenas duerme. Dedicar las noches a trabajos que lo llenan de satisfacción personal pero que apenas le reportan dinero. Las noches que no trabaja insiste en el merodeo del género femenino. Cada vez va siendo más acertada la respuesta que da un viejo amigo cuando le preguntan de qué vive Companys:

«¿Companys? Companys vive de arruinarse. Companys vive de no vivir. Su riqueza está en su empobrecimiento».

Justamente. No se podría decir mejor. Grandeza y pobreza.

A veces, cuando está con Layret, se ríe de su situación. Su amigo de adolescencia y universidad lo observa con sus ojos oscuros, entre vacunos y melancólicos, y le propone que trabaje como faquir en un circo ambulante:

«Ya tienes anatomía y andamiaje para ese negocio.»

Companys afirma con la cabeza. Fuma, mira silencioso la alfombra y susurra, «Faquir, sí», pero de inmediato alza la voz y espeta a Layret:

«¿Sabes la última del señor Lerroux? El viejo juega a tres y cuatro manos y un día, después de levantarles las faldas a todas las monjas de España, se irá a abrazar con la derecha...» De pronto recapacita, abre desmesuradamente los ojos y responde: «¿Faquir? Ja, faquir, ya lo creo. Faquir», echa la cabeza atrás y ríe. Su pañuelo blanco se le estremece como una paloma y tiembla en el pecho con el movimiento sísmico de las carcajadas.

Layret, que se dedica a lo mismo que él y al que las cosas le van apenas un poco mejor, lo sigue observando con su mirada de pompas fúnebres, con cariño, y sólo al cabo de un rato levanta la esquina del labio, amaga una sonrisa y da un sorbo a su copa de licor de almendras, un veneno del que gustaba el abogado.

Y es entonces cuando una mañana, caminando cerca de la plaza de la Universidad, Companys tropieza con Salvador Seguí. Los dos muchachos se reconocen. Recuerdan el campo de Lérida donde los padres de uno eran terratenientes y los del otro humildes trabajadores.

Entran en el bar el Tostadero. Ríen. Se acuerdan de algunos juegos infantiles. Companys comenta cómo veía al niño Seguí: comilón, caprichoso, durmiendo por las eras, a la sombra de cualquier árbol. El Companys niño era para el Noi del Sucre un tipo vivaracho, eléctrico, picudo, rico. Hablan de política. El Noi del Sucre, más joven que Companys, es ya conocido entre los anar-

quistas barceloneses, alguien que va abriéndose camino entre extremistas y enloquecidos, entre pedantes y delincuentes. Está enfermo de transformaciones. Tiene sueños, ambiciona realidades. La justicia para mañana no es justicia. Su ideal no es otro que un obreiro bien alimentado y bien educado.

Companys, que nada tiene que ver con la ideología ácrata, ve en Seguí a un hermano de causa. Y quizás piensa en una trinidad cuando le dice, entusiasmado, que debe conocer a Francesc Layret.

«Tienes que conocerlo, mañana mejor que pasado mañana. Te iluminará. Y tú a él, seguro. –Ríe y añade–: Y los dos a mí.»

El Noi, orgulloso, le dice al señorito Companys que ya sabe quién es su amigo Layret. Ha oído hablar de él. Y no sólo eso, lo ha visto y lo ha escuchado en el Ateneo Enciclopédico Popular.

Según recordaba años después el Noi, Companys se quedó mirándolo expectante. Espera una respuesta de Seguí que no llega, así que le hace un gesto y pronuncia una interrogación:

«¿Y?»

«Que sí. Yo no tengo prejuicio ni temor de sentarme con un burgués como tú ni con dos burgueses como tú y tu amigo.»

«No te contagiaremos ninguna bacteria que no tengas ya metida en el sistema circulatorio, no te preocupes.»

El Noi apura un trago y niega con la cabeza:

«Na, tampoco iba a importarme. Ya lo decía Nietzsche: quien siempre se ha tratado a sí mismo con mucho cuidado al final enferma de su exceso de cuidado. Y decía algo más, otra cosa: que la cobardía es lo que sujeta a alguna gente a su rama. –La sonrisa le cambió de matiz, casi se le quedó en una mueca triste cuando añadió–: Y yo, que no soy cobarde, no voy aferrarme a ninguna rama, estoy dispuesto a vivir en el aire que hay entre una rama y otra con tal de traer a esta tierra una gota más de dignidad, Companys.»

Esa tarde, entre el humo del Tostadero, junto a la mesa de billar por la que rodaban las bolas en busca de sofisticadas carambolas, se empezó a fraguar una inquebrantable relación entre aquellos tres hombres. Seguí, Companys, Layret. Una trinidad truncada por la violencia.